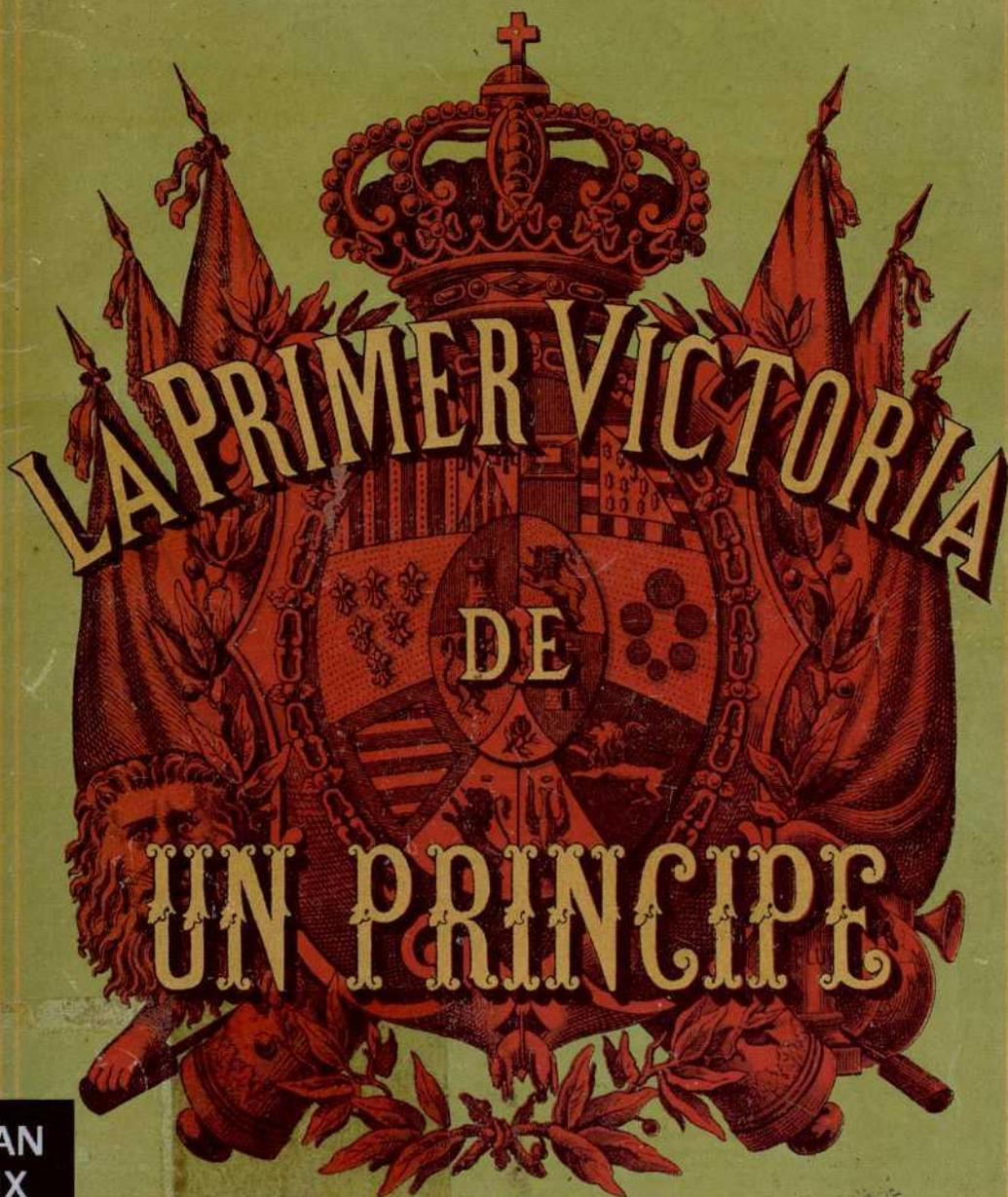


REGALO PARA LOS NIÑOS



FAN  
XIX  
517

CON MOTIVO DE LA VENIDA  
DE S.M. EL REY DON ALFONSO XII.

1877.

860-3

MIT  
Pu

**NO SE PRESTA**

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura



LIT<sup>o</sup> J. DOMINGUEZ

R. 17.827

S.M. D<sup>n</sup> ALFONSO XII

REY DE ESPAÑA





A LA ECXMA. SRA.

**DOÑA M. J. S. DE S.**

---

Mi querida María:

Dedicado á la educacion de mis hijos, leo con ellos las novelas y los hechos históricos que forman su imaginacion ó avivan su inteligencia despertándoles ideas generosas.

Hace pocos dias que en el periódico la «Semana de los niños» publicado en Paris en 1867 leimos el siguiente hecho que traduzco y te dedico, recordando cierta polémica que en el palacio de tio Pepe, sostuvistes llena de fé, contra un amigo demócrata y ministro entonces,

el día en que, formado el ejército en el Prado,  
y montado en el caballo del príncipe caído.....  
pero ¡á qué recordar aquellos tiempos? Lee lo  
que hace diez años se escribió en París: es lo  
siguiente:

LA PRIMER VICTORIA  
DE UN PRÍNCIPE.

---

Pues señor, este era un niño muy querido.

El estampido del cañon resonó el dia de su nacimiento, como si fuese dia de glorioso triunfo. Alegres repiques de campanas pusieron de manifesto el gozo que reinaba en el pueblo. Las casas ostentaban sus mas ricas colgaduras, la bandera nacional flotaba ondeante sobre los edificios públicos y por la noche la ciudad profusamente iluminada, aparecía como vestida de pedrerías, porque la alegría de una familia era la alegría de la nacion entera.

En su cuna halló aquel niño cruces y condecoraciones, recompensas concedidas solamente al valor ó al mérito y cabezas venerables que tenían el derecho á permanecer cubiertas aun delante del soberano, se inclinaron con respeto al besar la mano del recién nacido. Los poetas entonaron en su alabanza lindísimas poesías. Los oradores pronunciaron brillantes discursos, pero mas elocuentes que poesía y oratoria, fueron los ruegos que los pobres, socorridos por la mano de una madre dichosa, dirigieron al altísimo en su sencilla espresion de ¡Dios lo bendiga!

Su niñez se pasó tranquila entre las caricias del amor de su familia y las distinciones del amor de su pueblo. Si salia de palacio los soldados presentaban sus armas, y las músicas militares resonaban á su paso tocando la misma marcha que resuena en la iglesia cuando levanta el sacerdote la Hostia consagrada.

Vivia en un pueblo cuyo cielo siempre azul es envidiado de otros paises, en un palacio que Napoleon el Grande preferia al suyo. Sobre su

cuna lucia una corona y lo que falta algunas veces en cunas coronadas, el amor de una madre jamás faltó á ser tan querido. En el silencio de la noche, cuando el sueño rendia á innumerables servidores, una madre, una reina venia á visitarlo, ¿dormia tranquilo?..... ¿se pintaban en su rostro los colores de la salud?..... ¿la frescura de la alegría? Aquella dama, tan buena madre como digna reina, no dormia tranquila si además de contemplarlo no le trasmitia con un beso su cariñoso afecto.

Todo contribuia á su felicidad, no estaba solo, otros niños, sus hermanos, crecían á su lado y jugaban con él. Pero él no era aficionado al juego, aunque príncipe gustaba del trabajo y del estudio. Hombres de ciencias se disputaron su enseñanza y á los cinco años leia bien.

(Hoy tiene nueve.)

Sí, hoy, porque esta historia que empieza como un cuento de vieja data de ayer y es tan verdadera, salvo algunos detalles, que creo habreis adivinado el nombre de este príncipe.

Si no es así y quereis saber mas, buscad al

sud, del otro lado de unas montañas, que si hemos de creer al gran Luis XIV no existen ya... Cuando las hayais atravesado, entrad en el palacio de un hermoso pueblo, cuyas ventanas dan sobre jardines escalonados, desde donde se descubre un rio tan estrecho y poco caudaloso, como anchos son los puentes que lo cruzan y á su orilla grupos de lavanderas vestidas con pintoresco traje.

Pero viene la noche y hace frio; corramos las cortinas.

---

En un salon vecino á la cámara donde S. M. la Reina tiene costumbre de recibir á su Consejo, se ocupa en jugar el niño poniendo en fila porcion de soldados. Nada falta para hacer un ejército completo; música, gastadores, caballería, artillería, castillos y tiendas de campaña y lo que hace que aquellos juguetes sean dignos de un príncipe, es que tienen movimiento y ejecutan las manobras que les indica.

Preparaba su ejército para la batalla, cuando atravesó la estancia S. E. el Presidente del Consejo; presuroso iba el buen señor, pues la hora del Consejo habia sonado; pero un gentil hombre de servicio, le detiene y le habla con interés.

—¡Imposible! le responde el ministro. ¡Absolutamente imposible!

La palabra imposible, á la cual el oido de un Príncipe no se acostumbra fácilmente, llamó la

atencion del niño, que fijó la vista en aquellos dos personajes.

—¿De qué hablarán? se preguntó.

Siendo la conversacion á media voz y estando bastante lejos no pudo comprenderlos, pero le pareció que el gentil hombre insistia y el ministro repitió ¡Imposible! ¡Imposible! y entró en la cámara de S. M. la Reina.

Se dirigió el niño al cortesano.

—Ven, le dijo.

Acercóse el gentil hombre.

—Dime, ¿qué es imposible?

—¡Oh señor! nada que pueda interesar á vuestra alteza.

—Al contrario, tengo mucho interés en saber lo que es.

—El perdon de un reo condenado por causas políticas, que S. E. cree no debe concederse.

—Y ese reo está condenado á qué?

—A muerte.

—¡A muerte! repitió el niño conmovido ¿y van á ejecutarlo?

—Así es, señor.

—Y está ya en la capilla!... Le rodean los sacerdotes para que muera como cristiano...

El gentil hombre no respondió.

—No quieres decírmelo?... ¡cuánto estará sufriendo ese desgraciado!... tal vez mañana!... Dime, ¿en Francia ejecutan de otro modo? He oído decir á un médico que aun despues del suplicio conservan el sentimiento. ¿Los que aquí ejecutan sufren tambien luego?

—Dios es el único que lo sabe, señor. Y es probable que al hablar así de los decapitados se haya equivocado ese médico... pero ¿por qué se ocupa V. A. de cosas tan tristes? los soldados están esperando sus órdenes.

—Deja los juguetes y responde. ¿Tan grave ha sido su delito? Ese hombre es un malvado.

—Mas bien, ha sido loco y mal aconsejado. Ahora lo comprende y deplora su falta; se arrepiente, pero ya es tarde.

—Nunca es tarde para el arrepentimiento. Nuestro Señor perdonó en la misma cruz á un ladrón y temo que el primer ministro no haya estado compasivo.



—S. E. siente muchísimo, así me lo ha asegurado, no poder aconsejar á S. M. el perdón, pues el crimen sin castigo es de mal ejemplo y el interés público es antes que todo.

—Y es jóven? está resignado con su desgracia?

—Sí, es jóven y en tan duro trance, demuestra valor aceptando el castigo como espiación de su culpa..... si no fuese por el recuerdo de su esposa.....

—¿Es casado? ¡pobre señora!

—Bien pobre por cierto y mas pobres hijos.

—Tiene hijos?

—Y el mas pequeño en la cuna... el desgraciado solo piensa en ellos: la idea de dejarlos sin protector, sin recursos y con la nota de infamia, le desespera mas que la idea del patíbulo.

—Desgraciado... pero no será así. . Voy á hablar con el Presidente... y el niño se dirigió á la cámara.

—Por Dios, señor, S. M. está en Consejo... y además ya lo ha dicho S. E., es imposible.

—Imposible para tí... pero para mí... veremos!

le diré al ministro hazlo y creo que lo hará.

—Al menos suplico á vuestra alteza que espere á la conclusion del Consejo.

—Esperaré.

Y el príncipe volvió á ocuparse de su ejército.

—Qué te parecen mis soldados? dijo al gentil hombre; todos se mueven, están bien vestidos y tengo ropa doble, pero algo les falta todavía; advina lo que les falta.

—Yo no sé, respondió este.

—Fusiles de aguja y del mejor sistema... pero los tendré pronto, mi padre me ha ofrecido regalármelos dentro de pocos dias que es Navidad... pero el tiempo se pasa... largo es el Consejo de hoy... No es verdad que será una alegría muy grande enviarle el indulto?

Procuró el gentil hombre reanudar la conversacion sobre los soldados y los fusiles de aguja que esperaba de regalo; pero el príncipe estaba fijo en su idea y con el tono del que toma una decision terminante.

—Voy á ver á mi madre, dijo dirigiéndose á la cámara.

—Por Dios, señor, vuestra alteza puede disgustarla.

—Disgustarla! por qué? porque le voy á pedir la vida de uno de sus súbditos? Mal la conoces! yo sé que S. M. daría la vida por su pueblo.

—Por eso mismo señor y ya que es preciso, diré á vuestra alteza que su augusta madre tiene manifestado este mismo deseo, pero las altas consideraciones que le han expuesto los ministros reunidos la han hecho desistir de su propósito. Al recordarle nuevamente las crueles exigencias de la política se afijirá el corazón generoso de vuestra noble madre.

—Dios mio! qué hacer entonces? dijo el príncipe; yo no quiero afijirla y quiero salvar la vida de ese desgraciado... ¡Alabado sea Dios! mi padre! y se dirigió al Rey que se acercaba. Llévame, le dijo, al lado de la Reina. Han condenado á un pobre á muerte y sus hijos son pequeños, mamá quiere perdonarlo. Los ministros creen que no debe concederse. ¿Qué daño puede hacer á la política perdonarle la vida? Y si mamá quiere? ¿No es la Reina?

—¿Tú crees, hijo mio, que los reyes pueden todo cuanto quieren? Este poder tan solo es dado al Rey de los cielos... pero espera á que acabe el Consejo y hablaremos á tu madre.

—Esperar mas? ¡no! El desgraciado está en capilla... sin esperanzas, sabiendo que morirá mañana! No comprendes lo que estará sufriendo? ¿y su muger? ¿y sus hijos? No, yo no podré dormir, ni vivo sin obtener su perdon.

—Tu compasion es digna de alabanza, pero no reflexiona, hijo mio. Sin duda hay motivos muy fundados, porque si no los hubiese es evidente que el Consejo no se opondria como lo ha hecho.

—Entonces no hay remedio, pobre! pobre padre!... Pero no, si no quiero que lo maten! ¿qué haré... Papá, papá, dijo con la mayor exaltacion, pronto vendrá Navidad; que no me den ningun regalo, ni lo que tengo pedido para mis soldados, pero que se me conceda el perdon; y con los ojos arrasados en lágrimas se abrasó fuertemente al Rey.

—Si de mi dependiese, dijo S. M. tratando de aquietarlo, yo lo haria.

—Si no puedes perdonar, puedes hacerme entrar en el Consejo y que hable con mi madre.

—Vamos pues, dijo el Rey: puesto que eres tan buen abogado, aboga por tu protegido y que otro te resista... si puede.

Y el Rey y el Príncipe entraron en el Consejo.

La etiqueta no permite que entremos nosotros.

Solo os diré que cuando salieron, el Príncipe lloraba, reía y lleno de emoción abrazó á su padre, al gentil hombre, á los oficiales y hasta al centinela que estaba en la galería y como si esto no fuese bastante para calmar la alegría que le embargaba, se puso á cantar y bailar como ricos ó pobres, altos ó bajos bailan los niños cuando les rebosa el contento. ¡Victoria! ¡Victoria! gritaba; su perdón es un hecho ¡Victoria! ¡Victoria!

Y mientras el príncipe celebraba su triunfo, seguían las deliberaciones del Consejo. Importantes eran las cuestiones, pero si S. M. la Reina escuchaba con atención la voz grave de su ministro responsable, la madre solo atendía al baile y á la alegría de su hijo y conmovida así pensaba:

Canta, baila, celebra hijo mio, tu primer victoria. Estás llamado á gobernar un pueblo digno y valiente; con él conseguirás otras muchas, no hay duda... pero más hermosa que esta ¡jamás!

Hasta aquí la traduccion. ¿No es cierto, querida María, que aunque aquella augusta dama tuvo razon, los hechos nos demuestran que tu fé estaba muy fundada, y que aquel niño, hoy nuestro Soberano el Rey D. Alfonso XII, ha sabido y sabrá conseguir victorias sobre victorias, todas cual mas bellas?

**¡¡ VIVA S. M. DON ALFONSO XII !!**

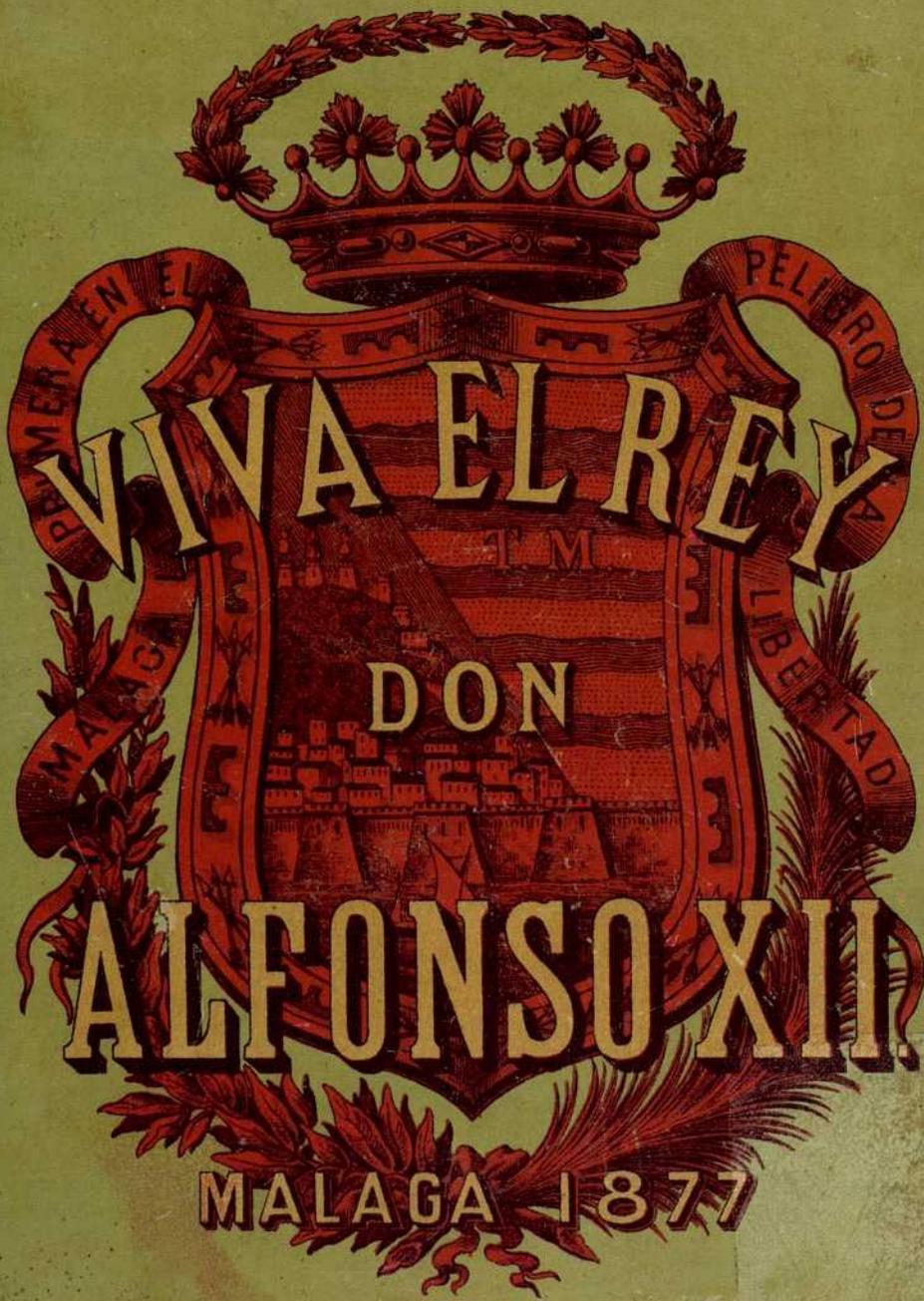
*Francisco Mitjana.*

Málaga marzo de 1877.









VIVA EL REY

DON

ALFONSO XII

MALAGA 1877